

Apuntes del **CENES**

ISSN 0120-3053

Vol. XXVIII - No. 47

Págs. 11 - 22

Junio 2009

Un análisis histórico-económico clásico de la actual crisis

ROBERT BRENNER*

Director del Center for Social Theory and Comparative
History en la Universidad de California -Los Ángeles.

Fecha de recepción: 20 de mayo de 2009

Fecha de aprobación: 26 de junio de 2009

* Economista, miembro del Consejo Editorial de la Revista *SIN PERMISO*. Es autor del libro *La expansión económica y la burbuja Bursatil*, Publicado por Akal, Madrid, 2003. La traducción de éste artículo fue realizada por Daniel Escribano, para la Revista *SIN PERMISO* (<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2385>) la cual ha autorizado su publicación en *Apuntes del CENES*.

RESUMEN:

El artículo examina la crisis económica actual desde el punto de vista de las postulaciones escritas por Marx (marxianas), especificando que ocurren como consecuencia de la actividad económica real y que el efecto financiero a través del cual se ha expresado actualmente, corresponde al crecimiento exponencial del sistema capitalista en su conjunto, y no solamente a la expresión especulativa propia del sistema. Así mismo, la sobreoferta mundial de bienes y servicios, acicateada por el desarrollo tecnológico de los últimos 25 años y la emergencia de nuevas economías y países productores, han contribuido decisivamente al desarrollo de dicha crisis.

Palabras clave: Crisis económica, ciclo económico, economía real, economía mundial, desregulación, capitalismo financiero.

ABSTRACT:

The paper examines the current economic crisis from the viewpoint of the nominations written by Marx (marxian), specifying that occur as a result of real economic activity and the financial effect through which currently has spoken for the exponential growth capitalist system as a whole, and not merely speculative expression system itself. Also the global oversupply of goods and services, spurred by technological developments of the past 25 years and the emergence of new economies and producing countries, have contributed significantly to the development of the crisis.

Key words: Economic crisis, economic cycle, real economy, world economy, deregulation, financial capitalism.

1. Introducción

La mayoría de analistas califican la presente crisis como crisis financiera. Es comprensible que hayan situado el punto de partida en la banca y el mercado de valores. Pero el problema es que no han ido más allá. Algunos economistas y autoridades económicas, han sostenido que la crisis puede explicarse en simples términos de problemas en el sector financiero. Al mismo tiempo, aseveran que la economía real subyacente es fuerte, que los llamados fundamentos están en forma. La desorientación no podría ser mayor. El principal origen de la crisis actual está en el declive del dinamismo de las economías avanzadas desde 1973 y, especialmente, desde 2000. El crecimiento económico en los E.U., Europa occidental y Japón se ha deteriorado seriamente en cada ciclo en términos de indicadores macro-

económicos muy estándar: PIB, inversión, salarios reales, etc. Aún más, el ciclo económico recién acabado, desde 2001 hasta 2007, ha sido, con mucho, el más endeble desde el periodo de posguerra, y ello a pesar del mayor estímulo económico público de la historia de los E.U. en tiempo de paz.

2. La larga caída o el debilitamiento a largo plazo de la economía real.

Desde 1973 hay un declive profundo y duradero de la tasa de rendimiento en inversión de capital desde finales de los sesenta. La incapacidad de recuperar la tasa de beneficio es lo más destacable a la vista de la enorme caída de los salarios reales durante el periodo. La causa principal, aunque no la única, del declive de la tasa de beneficio ha sido una tendencia persistente a la sobrecapacidad en las industrias manufactureras

mundiales. Lo que ha ocurrido es que nuevos poderes industriales fueron ingresando, uno tras otro, al mercado mundial: Alemania y Japón, los nuevos países industrializados del noreste asiático, los tigres del sureste asiático y, finalmente, el Leviatán chino. Esas economías de desarrollo tardío producían los mismos bienes que ya producían las economías más tempranamente desarrolladas, pero más baratos. El resultado ha sido un exceso de oferta con relación a la demanda en una industria tras otra, y eso ha implicado precios a la baja y, por lo mismo, beneficios bajos. Las empresas que han sufrido reducción de beneficios, además, no han abandonado dócilmente sus industrias. Han intentado conservar su lugar recurriendo a la capacidad de innovación, aumentando la inversión en nuevas tecnologías. Huelga decir que eso no ha hecho más que empeorar la sobrecapacidad. A causa de la caída de su tasa de rendimiento, los capitalistas obtenían plusvalías cada vez menores de sus inversiones. De ahí que no tuvieran más opción que aminorar el crecimiento en maquinaria, equipo y empleo; y, al tiempo, a fin de restaurar la rentabilidad, contener las indemnizaciones por desempleo, mientras los gobiernos reducían el gasto social. Pero la consecuencia de todos estos recortes de gasto ha sido un problema de demanda agregada a largo plazo. La persistente endeblez de la demanda agregada ha sido el origen inmediato de la endeblez a largo plazo de la economía.

3. La burbuja inmobiliaria en los Estados Unidos

En la realidad de los hechos, la crisis ha sido provocada por el estallido de la histórica burbuja inmobiliaria, la cual debe entenderse con relación a la sucesión de burbujas de precios de activos que ha sufrido la economía desde mediados de los noventa y, especialmente, con el papel de la Reserva Federal estadounidense en alimentar dichas burbujas. Desde el principio de la larga caída, las autoridades económicas públicas han intentado capear el problema de una demanda insuficiente incentivando el aumento del préstamo, tanto público como privado. De entrada, recurrieron al déficit presupuestario, evitando así recesiones verdaderamente profundas. Pero, con el tiempo, los gobiernos conseguían inducir cada vez menos crecimiento económico de lo que tomaban a préstamo. En efecto, a fin de conjurar el tipo de crisis que ha acosado históricamente al sistema capitalista, han tenido que aceptar la tendencia hacia el estancamiento. Durante los primeros noventa, los gobiernos en los E.U. y Europa, encabezados por la administración Clinton, intentaron romper su adicción al endeudamiento, poniendo todos proa hacia el territorio de los presupuestos equilibrados. La idea era dejar que el mercado libre gobernara la economía. Pero, como aún no se había recuperado la rentabilidad, la reducción de los déficits asestó un duro golpe a la demanda y contribuyó a producir, entre 1991 y 1995, la peor de las recesiones y

el más bajo crecimiento de la era de posguerra. Para lograr que la economía volviera a una senda de crecimiento, las autoridades estadounidenses adoptaron un enfoque aplicado por primera vez en el Japón de fines de los ochenta. Mediante la imposición de tipos de interés bajos, la Reserva Federal facilitaba el préstamo al tiempo que incentivaba la inversión en activos financieros. Al dispararse los precios de los activos, las empresas y familias obtendrían enormes aumentos de riqueza, al menos sobre el papel. Estarían, por tanto, en condiciones de tomar préstamos a una escala titánica, de incrementar infinitamente la inversión y el consumo y, así, conducir la economía. El déficit privado, pues, vino a substituir al déficit público. Lo que podría llamarse keynesianismo de precios de activos substituyó al keynesianismo tradicional. Por tanto, durante la última docena de años hemos asistido a un extraordinario espectáculo de la economía mundial, y es que la continuación de la acumulación de capital ha dependido literalmente de unas oleadas de especulación de dimensiones históricas cuidadosamente alimentadas y racionalizadas por los diseñadores -y reguladores- de las políticas públicas: primero, la burbuja del mercado de valores de finales de los noventa, y después, las burbujas de los mercados inmobiliario y crediticio de los primeros años 2000.

Con relación al impacto de la crisis en la economía mundial, la crisis actual es más seria que la peor de las recesiones previas del periodo de posguerra, la que

se dio entre 1979 y 1982, y es concebible que rivalice con la Gran Depresión, a pesar de que no hay modo de saberlo realmente. Quienes se dedican a la realización de pronósticos económicos subestimaron su virulencia porque sobreestimaron la solidez de la economía real, sin comprender hasta qué punto dependía ésta de una acumulación de deuda fundada en las burbujas de los precios de los activos. En los E.U., el crecimiento del PIB durante el reciente ciclo económico de 2001-07 ha sido, con mucho, el más bajo de la época de posguerra. No ha aumentado el empleo en el sector privado. El incremento de maquinaria y equipo ha sido cerca de un tercio más bajo que el de la posguerra. Los salarios reales se han mantenido prácticamente estancados. Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, no se han registrados aumentos en el ingreso medio familiar. El crecimiento económico ha ido a parar íntegramente al consumo personal y a la inversión en vivienda, lo que ha sido posible por el crédito fácil y el aumento de los precios de la vivienda. El resultado económico ha sido esta endeblez, aún a pesar del enorme estímulo de la burbuja inmobiliaria y de los enormes déficits federales de la administración Bush. La vivienda por sí sola sumó casi un tercio del crecimiento del PIB y cerca de la mitad del aumento del empleo entre 2001 y 2005. Era, por tanto, esperable que cuando reventara la burbuja inmobiliaria, cayeran el consumo y la inversión inmobiliaria y se hundiera la economía.

4. ¿Una crisis Minsky o una crisis Marxiana?

Muchos sostienen que la actual es una típica “crisis Minsky”¹, no una crisis marxiana, aduciendo que la explosión de la burbuja financiera especulativa ha jugado un papel central en ella. Es ocioso contraponer así los aspectos reales y financieros de la crisis. Cabe resaltar que es una crisis marxiana: hunde sus raíces en una caída a largo plazo de la tasa de beneficio y en la incapacidad de recuperación de la misma, lo que está en el origen de la disminución de la acumulación de capital (C. Marx, 1967). En 2001, la tasa de beneficio de las empresas no financieras fue la menor del periodo de posguerra, con la excepción de 1980. Las empresas no han tenido, por tanto, otra opción que contener la inversión y el empleo, pero eso ha agravado el problema de la demanda agregada, nublándose así el clima económico. Esto es lo que explica el extremadamente bajo crecimiento observable en el ciclo económico que acaba de terminar. Sin embargo, para comprender el colapso actual hay que demostrar la conexión entre la endeblez de la economía real y el desplome financiero. El vínculo principal es la que se da entre la cada vez mayor dependencia del préstamo para que la economía siga funcionando y la predisposición pública,

todavía mayor, a confiar en las subidas de los precios de los activos para lograr mantener vida la dinámica del préstamo. *La condición básica de las burbujas en los mercados inmobiliario y crediticio era la perpetuación de un coste bajo del préstamo.* La endeblez de la economía mundial, especialmente después de las crisis de 1997-98 y 2001, además de las enormes adquisiciones de dólares por parte de gobiernos asiáticos para mantener al mismo nivel sus divisas y el crecimiento del consumo estadounidense, provocó unos tipos de interés insólitamente bajos. Al mismo tiempo, la Reserva Federal mantuvo los tipos de interés a corto plazo más bajos que nunca desde los años cincuenta. Como prestaban tan barato, los bancos estaban dispuestos a conceder préstamos a especuladores cuyas inversiones provocaban un precio cada vez más alto de activos de todo tipo y un rendimiento en el préstamo (tipos de interés de los bonos) cada vez menor. Sintomáticamente, los precios de la vivienda se dispararon y el rendimiento en términos reales de los bonos del tesoro estadounidense se hundió. Pero como los rendimientos cayeron cada vez más, a las instituciones del mundo que dependían de los rendimientos del préstamo les resultó cada vez más difícil obtener beneficios suficientes. Los fondos de pensiones y las compañías de seguros fueron golpeados de forma particular-

¹ Una “Crisis Minsky” está referida a la aparición de graves distorsiones financieras en el ciclo económico ascendente, que detiene las fuerzas inerciales del crecimiento económico implicando en ocasiones, un punto de bifurcación hacia su antípoda, es decir, dando comienzo a un ciclo recesivo. Un artículo ilustrativo a propósito del tema se encuentra en “The Financial Instability Hypothesis”, *Working Paper* núm. 74, New York, Levy Economics Institute of Bard College.

mente dura, pero también se vieron afectados los *fondos hedge*² y los bancos de inversión. Esas instituciones se mostraron más que dispuestas a realizar enormes inversiones en unas obligaciones respaldadas por hipotecas subprime más que dudosas a causa de los insólitamente elevados rendimientos ofrecidos y con desprecio de unos riesgos no menos insólitamente elevados. Lo cierto es que no lograron sacar tajada suficiente. Su masiva adquisición de obligaciones hipotecariamente respaldadas es lo que facilitó a los institutos bancarios generadores de hipotecas seguir realizando préstamos a prestatarios cada vez menos calificados. La burbuja inmobiliaria alcanzó proporciones históricas y permitió que prosiguiera la expansión económica. Ni que decir tiene, eso no podía durar mucho. Cuando cayeron los precios de la vivienda, la economía real entró en recesión y el sector financiero se desplomó, porque el dinamismo de una y de otro se fundaba en la burbuja inmobiliaria. Lo que vemos ahora es que la recesión está empeorando el desplome, porque contribuye a exacerbar la crisis inmobiliaria. Y que el desplome está intensificando la recesión, porque está dificultando el acceso al crédito. Precisamente es esa interacción entre una crisis de la economía real y una crisis del sector financiero que se

alimentan mutuamente lo que hace que el despeñadero hacia la depresión se resista a todas las políticas intentadas por las autoridades y que el potencial de catástrofe resulte tan evidente.

5. El neoliberalismo y la crisis

Aún concediendo que el capitalismo de posguerra hubiera entrado en un periodo de larga caída en los setenta, se dice que la ofensiva capitalista neoliberal ha impedido el empeoramiento de la caída de la producción desde los ochenta. Pero, si por neoliberalismo se entiende el giro hacia las finanzas y la desregulación, no veo cómo puede haber ayudado eso a la economía. Pero si por neoliberalismo se entiende el desmedido asalto de los empresarios y los gobiernos a los salarios obreros, a las condiciones laborales y al estado del bienestar, la cosa ofrece pocas dudas: se ha impedido que la caída de la tasa de beneficio haya sido todavía peor. Con todo, la ofensiva de la patronal no esperó hasta la denominada era neoliberal de los ochenta. Comenzó con el despertar de la caída de la rentabilidad, iniciada a principios de los setenta, de la mano del keynesianismo. No condujo, empero, a la recuperación de la tasa de beneficio, y no hizo sino exacerbar el problema de la demanda agregada. El debilitamiento

² Actualmente los inversores intentan ampliar su abanico de posibilidades de inversión, con el fin de diversificar su rentabilidad y minimizar su riesgo. Sin embargo, no todos los instrumentos tradicionales como acciones, bonos, depósitos a término permiten lograr esto. Para ello han surgido mecanismos de inversión alternativa conocidos como Hedge Funds (Fondos de Cobertura). Esta tipología de fondos busca obtener la mejor relación Riesgo-Beneficio, por medio de la utilización de diferentes instrumentos financieros que no son utilizados en la inversión tradicional.

de la demanda agregada terminó por obligar a las autoridades económicas a adoptar formas de estímulo económico más potentes y temerarias: el “keynesianismo de precios de activos” que condujo al actual desastre.

G. Duménil, y D. Lévy (1996) han defendido que un nuevo paradigma de “financiarización” o “capitalismo financiero” ha provocado un llamado “resurgimiento del capital” desde los ochenta hasta el presente, estos elementos se han denominado las tesis de la “financiarización” o “capitalismo financiero”. Si observamos claramente la idea del capitalismo financiero es una contradicción en los términos, porque, genéricamente hablando -hay excepciones significativas, como el préstamo al consumidor-, el beneficio financiero sostenido depende de la obtención de beneficios sostenidos en la economía real. Para responder a la caída de la tasa de beneficio, algunos gobiernos, encabezados por el de los E.U., incentivaron el giro hacia las finanzas mediante la desregulación del sector financiero. Pero, como la economía real seguía languideciendo, el principal resultado de la desregulación fue la intensificación de la competencia en el sector financiero, lo que hizo más difícil la obtención de beneficios e incentivó una especulación aún mayor y la adopción de riesgos. Destacados ejecutivos de bancos de inversión y fondos hedge estaban en condiciones de obtener fabulosas fortunas, ya que sus remuneraciones dependían de los

beneficios a corto plazo. Podían asegurarse temporalmente altos rendimientos mediante la expansión de sus préstamos basados en activos e incrementando el riesgo. Pero esa forma de hacer negocio, se efectuó a expensas de la salud financiera a largo plazo de las propias empresas, lo que condujo a la caída de los bancos de inversión más importantes de Wall Street. Todas y cada una de las sedicentes expansiones financieras habidas desde los años setenta han terminado rápidamente en una desastrosa crisis financiera y han precisado de enormes rescates públicos. Su génesis esta en el *boom* crediticio del tercer mundo en los 70 y principios de los 80, no menos que en el auge del ahorro y el crédito, en la compra apalancada de empresas y la burbuja de los bienes raíces comerciales de los 80, y en la burbuja del mercado de valores de la segunda mitad de los 90 y, huelga decirlo, en la burbuja inmobiliaria y crediticia de los primeros años 2000. El sector financiero parecía dinámico sólo porque los gobiernos estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta para apoyarlo.

Los gobiernos actualmente no tienen otra opción que la de volver al keynesianismo y al Estado para intentar salvar la economía. Después de todo, el libre mercado se ha demostrado totalmente incapaz de impedir o hacer frente a la catástrofe económica, por no hablar de asegurar la estabilidad y el crecimiento económicos. De aquí que las élites del mundo político, que todavía ayer celebraban la desregulación de los

mercados financieros, se hayan vuelto de un día para otro y sin excepción keynesianas. Pero hay razones para dudar de que el keynesianismo –en el sentido de enormes déficits públicos y crédito fácil para hinchar la demanda– pueda llegar a tener el impacto que muchos esperan. *Lo cierto es que durante los últimos siete años, y merced a la burbuja inmobiliaria cebada por el préstamo y el gasto de la Reserva Federal y por los déficits presupuestarios de la administración Bush, hemos asistido a lo que probablemente sea el mayor estímulo económico keynesiano de la historia en tiempos de paz.* Y sin embargo, no ha alcanzado sino para lograr el ciclo económico más endeble de la época de posguerra. Ahora el desafío es mucho mayor, todavía. A medida que colapsa la burbuja inmobiliaria y que la obtención de crédito se hace más y más difícil, los hogares reducen el consumo y la inversión. En consecuencia, caen los beneficios empresariales. Lo que trae consigo recortes salariales y un ritmo acelerado de despido de trabajadores, lo cual, a su vez, genera una espiral descendente de demanda y de rentabilidad a la baja. Las familias han contado durante largo tiempo con el aumento de los precios de la vivienda para estar en condiciones de que les presten más y han ahorrado para ello. Pero ahora, forzadas por la acumulación de deudas, tienen que reducir el préstamo y aumentar el ahorro; y eso, en el preciso momento en que la economía más necesita que consuman.

Lo presumible es que el grueso del dinero que el Estado ponga en manos de las familias será destinado al ahorro, no al consumo. Si el keynesianismo, no sin arduas dificultades, logró activar la vida económica en la fase de expansión, ¿qué puede esperarse que haga en medio de la peor recesión desde los años treinta? Para obtener un efecto significativo en la economía, la administración Obama propone una enorme oleada de inversiones públicas directas o indirectas; en realidad, en una forma de capitalismo de Estado. No obstante, acometer esa tarea en serio exige superar enormes obstáculos políticos y económicos. La cultura política estadounidense es tremendamente hostil a la empresa pública. Por otro lado, el nivel de gasto y endeudamiento que todo eso implicaría podría amenazar al dólar. Hasta ahora, los gobiernos del Este asiático han financiado alegremente los déficits externos y públicos estadounidenses, a fin de mantener, a un tiempo, el consumo estadounidense y sus propias exportaciones. Pero con una crisis que está llegando incluso a afectar a China, esos gobiernos podrían ver menguada su capacidad de financiación de los déficits estadounidenses, sobre todo porque estos últimos se han disparado a una magnitud sin precedentes. *La perspectiva verdaderamente aterradora que asoma en el horizonte es el desplome del dólar.*

Al analizar el contexto de los Estados Unidos y su gobierno, la presidencia de

Obama debe ser bienvenida. Una victoria de McCain habría sido una victoria para el Partido Republicano y habría dado un enorme impulso a las fuerzas más reaccionarias de la escena política estadounidense. Se habría visto como un “aprobado” al hipermilitarismo y al imperialismo de la administración Bush, así como a su programa explícito de eliminación de lo que queda de sindicalismo, el Estado de bienestar y la protección ambiental. Dicho esto, Obama es, como Roosevelt, un demócrata de centro, de quien no puede esperarse que, por sí propio, haga gran cosa en defensa de los intereses de una inmensa mayoría que seguirá estando sometida a un desafortunado asalto empresarial empeñado en recuperar sus menguantes beneficios mediante la reducción del empleo, de las indemnizaciones, etc. Obama ha venido apoyando el titánico rescate del sector financiero, que acaso represente el mayor expolio al contribuyente estadounidense de la historia norteamericana, sobre todo porque se concedió sin contrapartidas para poner brida a los bancos. También apoyó el rescate de la industria automovilística, aún a sabiendas de que estaba a enormes reducciones de las indemnizaciones para los trabajadores. El balance de Obama, como el de Roosevelt, estará en función de que tome acciones resueltas en

defensa de los trabajadores. Hay que recordar que la administración Roosevelt sólo aprobó el grueso de la legislación progresista del New Deal, incluyendo la Ley Wagner³ y la Seguridad Social, arrastrado por la presión de una gigantesca y masiva oleada de huelgas. ¿Algo parecido puede acaso esperarse en el caso de Obama...?

6. La geografía económica del capitalismo en crisis.

Según Rosa Luxemburg (1986) y, más recientemente, David Harvey (2007), el capitalismo supera su tendencia a la crisis mediante la expansión geográfica. Según Harvey (*Op. cit.*), ello con frecuencia se incentiva mediante inversiones enormes en infraestructura para apoyar al capital privado, a menudo a la inversión extranjera directa. Es así como los teóricos neoliberales creen que el capitalismo puede encontrar una solución a la crisis actual, mediante un “arreglo espacio-temporal-espacial”. Ésta es una cuestión compleja. Para empezar, creo que es verdadera –y de importancia decisiva– la afirmación, según la cual la expansión geográfica ha sido un elemento esencial en todas las oleadas de acumulación de capital que registra la historia. Puede decirse que el crecimiento del volumen de la fuerza de trabajo y el crecimiento del espacio

³ La ley Wagner sostiene que el aumento del gasto público es consecuencia de mayores niveles de vida, que acompañaron los procesos de industrialización y que, por lo tanto, exigían una mayor provisión de servicios públicos gubernamentales. Dicha ley se enmarca dentro de la economía de la demanda poskeynesiana.

geográfico son condiciones *sine qua non*, del crecimiento capitalista. El auge de la posguerra es un buen ejemplo, porque se dieron espectaculares expansiones del capital en el sur y el suroeste de los E.U. y en una Europa occidental y un Japón devastados por la guerra. Las inversiones de los E.U. jugaron un papel decisivo, no sólo en los propios E.U., sino también en la Europa occidental de la época. Sin duda, la expansión de la fuerza de trabajo y del área geográfica capitalista era indispensable para las altas tasas de beneficio que hicieron tan dinámico el boom de posguerra. Desde un punto de vista marxista, éste fue un ciclo clásico de acumulación de capital, e implicó, necesariamente, tanto la integración de enormes masas de trabajadores fuera del sistema, especialmente del agro precapitalista en Alemania y en Japón, como la incorporación o reincorporación de espacios geográficos adicionales a una escala enorme. Sin embargo, yo creo que, vista en perspectiva, la pauta mostrada por el largo declive al que hemos venido asistiendo desde finales de los sesenta y principios de los setenta, ha sido diferente. Es cierto que el capital ha respondido a la rentabilidad menguante mediante la expansión exterior, intentando combinar técnicas avanzadas con mano de obra barata. Se calla por sabido que el Este asiático constituye el caso principal: representa indudablemente un momento de alcance histórico-universal, una transformación esencial, del capitalismo. Pero a pesar de que la expansión al Este asiático

puede interpretarse como respuesta a una rentabilidad menguante, no ha sido, en mi opinión, una solución satisfactoria. Porque, a fin de cuentas, la nueva producción industrial que tan espectacularmente ha surgido en el Este asiático, a despecho de que produzca más barato, se solapa demasiado con lo que se produce en el resto del mundo. El problema es que, a escala sistémica, eso exacerba más que resolver el problema de sobrecapacidad. En otras palabras: la globalización ha sido una respuesta a la rentabilidad menguante; pero como las nuevas industrias, lejos de ser esencialmente complementarias en la división mundial del trabajo, son redundantes, el resultado ha sido la persistencia de los problemas de rentabilidad. El balance, creo yo, es que para resolver realmente el problema de rentabilidad que ha asolado durante tanto tiempo al sistema -lenta acumulación de capital y generación de niveles de préstamo cada vez mayores para mantener la estabilidad-, el sistema necesitaba una crisis que había sido durante tan largo tiempo aplazada. Y como el problema es la sobrecapacidad, enormemente agravada por la acumulación de deuda, lo que aún se necesita, según la visión clásica, es una depuración sistémica, esto es, la purga de las empresas de costes altos y beneficios bajos, con el consiguiente abaratamiento de los medios de producción y la reducción del precio de la mano de obra. Ésta de la crisis es la vía histórica por la que el capitalismo ha logrado restaurar la tasa de beneficio

y sentar las bases necesarias para una acumulación de capital más dinámica. Durante el periodo de posguerra se logró evitar las crisis; el coste de evitarlas fue la incapacidad para reactivar la rentabilidad, lo que llevó a empeorar la situación de estancamiento. La crisis actual es la depuración que nunca sucedió.

Conclusiones

Desde un punto de vista marxiano clásico creo que lo más probable es que sólo la crisis puede resolver la crisis. La analogía sería como sigue. De entrada, a principios de los años treinta, el New Deal y el keynesianismo resultaron ineficaces. En realidad, a pesar de la amplitud temporal de toda una década, no lograron sentar las bases de un nuevo boom, como se vio con la caída en la profunda recesión de 1937-38. Pero,

finalmente, como resultado de la larga crisis de los treinta, se llegó a la purga de los costes altos y de los medios de producción con beneficios bajos, lo que terminó por sentar las bases para unas tasas de beneficio altas. De manera que, a fines de los años treinta, podía decirse que la tasa potencial de beneficio era alta y que todo lo que se necesitaba era un estímulo de la demanda. Esa demanda, huelga decirlo, vino a proporcionarla el enorme gasto armamentístico de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, durante la guerra se obtuvieron tasas de beneficio altas, y esas tasas altas sentaron las bases necesarias para el ulterior boom posbélico. Pero yo creo que, aún si se hubieran ensayado, los déficits keynesianos no habrían podido funcionar en 1933, porque antes era necesario, por decirlo en términos marxianos, una crisis que saneara el sistema.

Bibliografía

DUMÉNIL, Gerard; LÉVY, D. (1996). *La dynamique du capital*, Presses universitaires de France, Paris.

HARVEY, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Capítulo IV, Editorial Akal, Madrid.

LUXEMBURGO, Rosa (1986). *Reforma o*

revolución social, Publications militante, Londres.

MARX, Karl (1968). *El Capital*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México.

MINSKY, H. P. (1981). *Can 'it' Happen again? Essays on Instability and Finance*, M. E. Sharpe, Armonk.